

Andalucía y América

FRANCISCO MORALES PADRÓN *

HONDA PROYECCIÓN ANDALUZA

HUBO una inicial comparación de las tierras americanas con las andaluzas en el diario de Colón: «era el tiempo como abril en Andalucía». El descubridor recurrió a tal paralelismo en su empeño por transmitir al posible lector —los reyes— una imagen comprensible. No faltaba en el intento dirigido sin duda, insistimos, a unos reyes que desconocían las tierras andaluzas, alguna que otra exageración. Quienes siguieron al Almirante de la Mar Océana portarían elementos culturales que, sembrados o injertados en el mundo nuevo, cambiarían el panorama y originarían réplicas, copias o reflejos de fenómenos peninsulares que aún perviven para hacernos sentir a nosotros la familiaridad del ámbito con mucha más verosimilitud que el marino genovés.

La-estampa de un jinete en cualquier campo americano, la presencia de una arquitectura civil, religiosa o rural, el encuentro con una advocación, el deje en el habla de las personas, la forma misma de afrontar la vida, etc. nos traen remembranzas andaluzas desde que entramos en América por una u otra de sus puertas. ¿Es que sólo Andalucía se hizo presente a la hora de la colonización? No. Hay regiones cuyo quehacer e impronta fueron decisivos e, incluso, se dejan sentir aún hoy en un trasvase humano —Canarias— nacido en el siglo xvi, en tanto que la irradiación andaluza ha cesado ya. Lo que acontece con Andalucía, la Baja Andalucía, es que su proyección y dispersión humana y cultural fue amplia y honda, y ello se explica por diversas razones entre las que se encuentra el volumen de su emigración y la presencia esencial en él del elemento femenino. Por eso hoy, cuando llegamos a la América hispana y oímos hablar a uno de sus habitantes, o contemplamos las construcciones civiles de La Habana y San Juan de Puerto Rico, o vemos una hacienda mexicana, o descubrimos un óleo con la virgen de la Antigua, o gozamos con una pila o un lienzo de cerámica trianera, o admiramos a un jinete, huaso, chileno, o nos enteramos de esta o aquella manifestación etnográfica, etc. no podemos menos que recurrir a la similitud con el correspondiente fenómeno andaluz.

Andalucía, la Occidental especialmente con centro en Sevilla, fue la más favorecida con la oportunidad de América. No fue ello algo casual, como tampoco lo fue el descubrimiento. Éste, tarde o temprano, se hubiera producido empujando a las tierras andaluzas a un inevitable protagonismo. Existían razones de todo tipo que lo explican y justifican; motivos, sobre todo, históricos y geográficos.

* Las Palmas de Gran Canaria, 1923. Catedrático de Historia de los Descubrimientos - Geográficos en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

La *Crónica* de Enrique III cita expediciones de gente de Sevilla hacia las Canarias desde finales del siglo xiv, que ponen en marcha el proceso de anexión de las Islas Afortunadas al que acompañan las expediciones de los marinos que buscan bancos pesqueros. La geografía de Andalucía Occidental, plenamente abierta al Atlántico al tiempo que se conecta desde tiempos remotos con el Mediterráneo y el norte europeo, era la mejor plataforma —con su prolongación, el Algarve portugués— para una proyección africana y oceánica.

Los puertos de esta Andalucía, Cádiz, Sanlúcar, el Puerto de Santa María y Sevilla, quedaban emplazados en una posición intermedia, idónea, para alcanzar y desvelar las costas africanas, los archipiélagos atlánticos (Canarias, Madeira, Azores y Cabo Verde) y toda la misteriosa geografía imaginada más allá de estas metas. Las localidades portuarias referidas gozaban de óptimas condiciones naturales (buenos fondeaderos, corrientes favorables) e, incluso, infraestructuras administrativas y económico-mercantiles capaces de respaldar a un plan descubridor-colonizador. Por eso desde Andalucía será posible realizar la anexión de las Canarias, no sin fricciones con Portugal, en un experimento ultramarino que no viene a ser otra cosa que la prolongación del repoblamiento peninsular y un preámbulo de lo que se llevará a cabo en el Nuevo Mundo. En este caso Andalucía, con el apoyo del archipiélago canario, actuará de modo decisivo. El hecho de que ya en 1493 sea señalado el puerto sevillano —su compás de las naos— como lugar para el apresto de la segunda expedición colombina, y el fijarse pocos años más tarde (1503) allí la Casa de la Contratación, está institucionalizando una intervención que la geografía y la historia le habían asignado.

El que fuera Sevilla el puerto único para las relaciones con América trajo para la ciudad inconvenientes y ventajas, que afectarán a su desarrollo. Ventajas y facilidades también para los andaluces en general, más cercanos al negocio mercantil y más familiarizados con el éxodo migratorio. Para un sevillano de nacimiento o de residencia o para un andaluz, le resultaba más fácil obtener una licencia de embarque o enrolarse en cualquier expedición, que a un habitante de Castilla. Según cuenta el padre Las Casas con Cristóbal Colón marchan ya en su segundo viaje «muchos caballeros, mayormente de Sevilla». Así se explica que en la primera parte del Quinientos se hayan contabilizado 16.235 emigrantes andaluces (el 35,5 % del total) sin tener en cuenta los ilegales. Englobando en tal porcentaje hay que subrayar la determinante presencia del elemento femenino, instrumento clave en el trasvase cultural. Con respecto a las ventajas insistimos que nos estamos refiriendo al discutido monopolio; un monopolio que, aunque no fue totalmente exclusivo, influyó en el desarrollo de la región y de «Sevilla, que es la principal ciudad de ella». La capital del Guadalquivir, en la apreciación de fray Tomás de Mercado, era «a causa de las Indias Occidentales, de todas las cuales es puerto y para todas escala, la más rica, sin exageración, que hay en todo el orbe».

SITUACIÓN GEOGRÁFICA ENVIDIABLE

LA RICA SEVILLA

Hablaba o contaba Andrés Navagero en 1526, antes que Mercado, que «Debido al emplazamiento se van tantos sevillanos a las Indias que la ciudad se queda despoblada y casi en manos de mujeres». Tenemos aquí apuntada una primera consecuencia negativa del papel que a la ciudad se le asigna al transformarla en «puerto y puerta» de América. Otras secuelas serían la presencia de una sociedad de marginados y la carestía de la vida. Pero, a lo que íbamos: nos encontramos en la anotación de Navagero que la ciudad se despuebla. Sin embargo, esta sangría se remedia bien pronto ya que resulta evidente el ascenso de la curva demográfica. Los 750.000 habitantes que Andalucía poseía al comenzar el siglo xvi experimentarán un notable crecimiento, especialmente urbano a causa de factores económicos. Y eso que este crecimiento vegetativo y gracias a la inmigración, se vio frenado por expulsiones (judíos y moriscos), epidemias y hambrunas (1502, 1521-2, 1564, 1580, 1599) y por la citada emigración americana. Hubo transformaciones sociales y cambios de mentalidad a causa de la actividad comercial que acercó a grupos distintos. La economía precapitalista que el hecho americano fue determinando, modeló en la Baja Andalucía una sociedad integrada por la nobleza, rica y cuantitativamente reducida, la burguesía urbana, muy activa y con importantes grupos extranjeros, el campesinado libre sujeto a un régimen señorial benigno, y la masa de marginados en la que entraban los que eran rechazados (esclavos y judeoconversos) y los que no deseaban integrarse (moriscos, gitanos, picaros).

**LA
TRANSMISIÓN
DE UNA
FORMA
DE HABLAR**

Mientras el sevillano Alvarez Chanca dirigía al cabildo de su ciudad una carta describiendo el mundo americano recién descubierto y el lebrijano Elio Antonio de Nebrija acababa de llevar el idioma vulgar del país a una gramática, sus compatriotas y coterreños se disponían a llevar y enseñar ese idioma a los aborígenes de las tierras recientemente descubiertas. Y serán los andaluces, vía Canarias, los que difundan allende el mar el seseo, el yeísmo, la confusión de la *r* y la *l* finales, la aspiración de la *s* final y la sustitución de la *j* por la *h* aspirada. Al mismo tiempo, y para no perderse y cual homenaje al terruño patrio dejado atrás, van cristianizando a la inédita geografía con topónimos queridos: *Nueva Andalucía, Nueva Granada, Nueva Cádiz, Nueva Sevilla, Córdoba, Granada, Jaén, Almonte, Ubeda, Laja, Baeza, Linares, Chi-dana...*

**NO TODO
ERAN
TOPÓNIMOS**

Pero el afincarse en un lugar no es cuestión de topónimos; los descubridores y conquistadores que realizan tan cordial siembra y que se llaman Martín Alonso Pinzón, Vicente Yáñez Pinzón, Cristóbal Guerra, Pero Alonso Niño, Diego de Lepe, Juan de Esquivel, Rodrigo de Bastidas, Jerónimo de Aguilar, J. Díaz de Solís, Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal de Olid, Pedro de Mendoza, Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar, Jorge Robledo, etc. Frecuentemente la nómina heroica oscurece o margina a la relación de gobernantes, ministros o virreyes, en cuyas manos estuvo el destino de América. La familia de origen malagueño de los Gálvez —Matías, José, Lucas y Bernardo— constituye un extraordinario y único ejemplo de este otro tipo de andalu-

ees, los gobernantes. Para recordarnos el papel de tales hombres se asoman desde la galería de retratos de virreyes el marqués de Gua-daleázar, Payo Enríquez de Ribera, José María Vizarrón, marqués de las Amarillas, Antonio María Bucarelli, virreyes en la Nueva España; marqués de Mánquera y conde de Santisteban, que lo fueron en el Perú; y Antonio Caballero y Góngora que representó a la iglesia ya la corona como virrey-arzobispo de Nueva Granada. No marchan solos, ni actúan libremente. Existen unas disposiciones que encauzan su acción y unos compañeros oscuros, sin nombre, agentes colonizadores trascendentales. Hombres, capitales y barcos andaluces se hacen presentes a la hora de organizar las armadas que siguen a las de Colón y que desvelan la costa caribeña y atlántica de Suramérica; productos andaluces llenan las bodegas de esos barcos pioneros: caballos, yeguas, burros, semillas, esquejes, instrumentos, aceite, vino, ladrillos, azulejos, libros... Todo se embarca en los puertos andaluces. El alcalde del pueblo sevillano de Olivares fue quien vendió las primeras «estacas de aceitunos sacadas de cuajo y collera» que se transportan en 1520. Los sarmientos de vid los había llevado Colón antes, en 1493. El acarreo de estas plantas y de semillas constituyó en ocasiones una auténtica aventura y son ejemplos de la tenacidad de aquellos individuos por rodearse de trasuntos de la patria dejada atrás. Fue de este modo como pronto pudieron disponer de vino, de harina y de aceite, tres elementos vinculados a la vida religiosa. Por su parte el Estado no cesaba de disponer que los maestres de los navios y los que capitulaban alguna tarea conquistadora llevaran animales, semillas, instrumentos... ¿Dónde tomarlos? En las localidades del embarque, que eran las andaluzas.

Este flujo de ida, ofrece un flujo compensatorio de vuelta. Los navios retornaban de América con demandas, mercancías y metales preciosos. Las demandas van a ocasionar transformaciones en el agro y la intensificación de determinados productos que interesaban. Debieron, igualmente, propiciar el desarrollo y la modernización de las industrias. No fue así. ¿Por qué? ¿Mano de obra cara? ¿Competencia de las manufacturas extranjeras más baratas? Tal vez. La vida, ciertamente, se encarece. Las cosas, afirma fray Tomás de Mercado en la segunda mitad del siglo xvi, que antes valían tres, ahora cuestan treinta. Todos se quejan. Hasta el inca Garcilaso, que reside en Andalucía por entonces, se refiere a la carestía de la vida en Sevilla. La ciudad, convertida en un gran centro comercial, experimenta según dijimos, Un auge en su demografía, una multiplicación de la heterogeneidad poblacional, un florecimiento de las construcciones civiles y religiosas, un apogeo económico de ciertos sectores. La base radica en el negocio con las Indias propicio a las fáciles ganancias y a las especulaciones; un negocio frágil y contingente, por lo que no son raras las quiebras, los cierres de bancos y las huidas de los comerciantes deudores. Las actividades agropecuarias y artesanales o industriales estaban siempre sujetas a crisis cíclicas y a los determinantes factores climáticos, así como a las variaciones dadas en el campo americano, donde una disminución de la población indígena consagrada a la extracción minera o un cambio tecnológico, repercutía irremedia-

**CAMBIOS EN
LA VIDA DE
LA
METRÓPOLI**

**MESTIZAJE
BIOLÓGICO
Y
CULTURAL**

blerriente en el escenario europeo. El aumento de la demanda americana, europea y nacional de lanas, por ejemplo, provocó un auge de la producción agrícola, de la superficie cultivable, del comercio externo e interno, del latifundio, y hasta implicó una mayor división del trabajo. Lo que no trajo consigo fue una modernización de la tecnología, ni la industrialización. El dinero ganado se invirtió en tierras, casas, bienes suntuarios, censos y juros, nunca en una mejora o innovación de la tecnología empleada. La inflación, la carestía de la vida, ensombrecieron el ambiente dorado surgido al conjuro de las riquezas americanas.

De estos años boyantes, siglos de oro, permanecen unas manifestaciones arquitectónicas, religiosas unas, civiles otras que cobijaron parte de la febril actividad económica. Hemos de recurrir siempre a Sevilla, porque en ella se conservan tales testimonios: Casa Lonja (hoy Archivo de Indias), Reales Alcázares (donde estuvo la Casa de la Contratación), Casa de la Moneda, Fábrica de Tabacos, Fábrica de Artillería...

Ahora bien, los galeones no sólo llegaban de América con peticiones y riquezas, sino que iban a América con elementos culturales. Había que edificar casas, templos, escuelas, universidades, conventos, fábricas... Había que propiciar el nacimiento y desarrollo de una nueva sociedad, de una original postura ante la vida fruto del mestizaje biológico y cultural. Desde los albores de la colonización viajan alarifes, maestros canteros andaluces, religiosos, hombres del común, ideas, soluciones para los problemas que se van presentando. El reticulado urbano de la ciudad de Santo Domingo bien que pudiera tener que ver con el de Santa Fe, como tiene que ver la arquitectura civil de Cádiz o el Puerto de Santa María con manifestaciones similares de América, o las capillas abiertas de México con la capilla del Pópulo de Baeza, o los templos fortificados novohispanos con el sevillano monasterio de San Isidoro del Campo y la catedral de Almería. El mudejar de Tunja (Colombia) no cabe duda que es un reflejo de los conventos de La Rábida y de San Isidoro del Campo, la mezquita de Córdoba está presente en la Capilla Real de Cholula; y catedrales como las de México, Puebla, Guadalajara, Lima, Cuzco y La Habana muestran influencias de los templos catedralicios hispalense y jienense. La huella de Vandelvira en la arquitectura americana resulta indudable. Imposible silenciar que los artesonados colombianos, ecuatorianos, peruanos y bolivianos, están teorizados en el compendio de la carpintería de lo blanco (Sevilla, 1633) del marchenero Diego López de Arenas. Artistas, objetos de arte y fórmulas transitan de Andalucía hacia el Nuevo Mundo. Son innumerables los nombres factibles de mencionar si quisiéramos resaltar las relaciones del arte andaluz con el americano, Alonso Vázquez introduce el postrer manierismo; Pedro Laborío renueva las esencias de la escultura; Gaspar de la Cueva aporta aires montañesinos; y Sebastián Arteaga lleva el zurbaranismo. Zurbarán con Murillo y Martínez Montañés constituyen una trilogía necesaria de tener en cuenta llegado el momento de pretender comprender el fenómeno artístico americano. De los talleres andaluces salen retablos, imágenes y fórmulas que, como los apostolados de Zurbarán o las Vírgenes

erguidas de Roque Balduque cuentan con ejemplos ultramarinos. El Barroco americano se entiende mejor partiendo del barroco andaluz, y viceversa. Porque hubo una contrahuella, un movimiento de retorno influyente. Aparte, claro, del significado que tuvo la presencia de cuadros, objetos de plata y carey, imágenes, biombos, marfiles, etc. que, procedentes de Filipinas y América, enriquecieron templos, conventos y casas particulares y aportaron aires ultramarinos. Óleos representando a Santa Rosa de Lima, al Cristo de Michoacán, a la Virgen de Guadalupe o a la de Copacabana; Crucificados realizados con pasta de maíz; biombos y cruces de carey que cargan más de un Jesús caído andaluz; candelabros de plata como los de la Sacramental de Utrera o los «vizarrones» de la catedral hispalense, etc., constituyen hoy un inapreciable legado.

Dentro del campo de la cultura se nos antoja capítulo importante el del libro; el libro como producto fabricado en y enviado desde Andalucía, o el libro escrito por autores andaluces. La primera imprenta americana (1539) procedía del taller sevillano de los Cromberger; el preliminar escrito andaluz —ya lo mencionamos— fue la carta del doctor Alvarez Chanca narrando las peripecias del segundo viaje colombino. Incorporemos a este singular escrito las historias de Hernando Colón y de Las Casas y habremos comprobado cuánto debe la historiografía colombina a autores andaluces. En las crónicas de la conquista se hacen presentes Gri-jalva, Alvar Núñez, Castellanos, Jiménez de Quesada, Jerez y Góngora Marmolejo; en las descripciones geográficas figuran Martínez de Enciso y Vázquez de Espinosa; en la antropología y religión, Andrés Paz de Ribas, Francisco Ximénez, fray Matías Ruiz Blanco y Antonio Caulín; en la historia natural, Bernabé Cobo; en la economía, fray Antonio de Mercado; en la lírica, Diego de Hojeda; en mineralogía, Alonso Barba; en botánica, Celestino Mutis; etc. Fruto de una experiencia, de una curiosidad o de una inspiración, los títulos debidos a autores andaluces cubren buenos renglones de la Historiografía Indiana, algunos con trascendentales resonancias, cual es el caso de los escritos debidos a Las Casas, a Alonso de Sandoval y a Antonio de Ulloa. Las Casas y Sandoval fueron dos religiosos batalladores en pro de la libertad humana. Por un lado, el dominico fray Bartolomé de las Casas, protector de los indios; por otro lado, el jesuíta Alonso de Sandoval, defensor de los negros. Fueron dos vidas que se suceden cronológicamente. Las Casas nace en 1484; Sandoval en 1566, un año después de morir el dominico. Paradójicamente Las Casas, en su celo en pro del indígena, llegó a propiciar la esclavitud del negro, aunque luego se arrepintiera. Todo lo que Las Casas escribió fue en favor del aborigen americano y condenando a sus compatriotas; todo lo que Sandoval produjo —*De Instaurando. Aethiopum Salute*— fue para amparar al hombre de color y hacer un estudio sociológico del mismo. Si grave fue condenar a los españoles por su conducta, gravísimo resultaba censurar la esclavitud del negro, algo admitido. Si peligroso era poner en duda la licitud de la guerra al indígena americano, peligroso era también poner en duda la legitimidad de la servidumbre del africano. Los dos frailes sostuvieron encon-

**EL
IMPRESIONANTE
CAPÍTULO
DEL LIBRO**

NOSTALGIA Y MELANCOLÍA

das batallas, las más difíciles, las que se llevan a cabo para derribar mentalidades imperantes. No se puede afirmar que triunfaran plenamente, pero influyeron, lograron que se les escuchase, y dejaron discípulos. Ambos fueron personajes molestos, irritantes, para el Estado en el caso de Las Casas, para su propia orden en el caso de Sandoval.

Quedaría incompleto este repaso y este resumen si no aludiésemos a lo que para las ciencias geográficas, cartográficas y náuticas, significaron los trabajos de la Casa de la Contratación. O al sutil acarreo de antropología cultural que en buena parte es lo que hoy contribuye a generar ese aire de familiaridad que percibimos en la América de habla hispana. Estudiosos como Foster nos han hecho ver las ligazones existentes entre variados fenómenos de aquende y allende: las normas de heredamiento, las técnicas agrícolas, el ritual del galanteo, la institución del compadrazgo, las hermandades religiosas, los exvotos y romerías, etc. Y es que, como escribió hace tiempo Julián Marías, una España andaluzada hizo la América hispánica.

Hoy, el hispanoamericano que arriba a las tierras sureñas de España cree estar en «otra América», incluyendo en estas tierras a las islas Canarias; en tanto que el español que llega a la América española tiene la impresión de haber entrado en «otra Andalucía». Ello conlleva nostalgia; la nostalgia de Colón evocando la primavera andaluza en el Caribe, y la nostalgia del Inca Garcilaso en Andalucía, plena de remembranzas peruanas. Es la melancolía del indiano que retorna rico y adquiere unas tierras que bautiza Nuevo Cuzco; y la melancolía del Cádiz de las Cortes conscientes de que América se perdía...